

La seguridad de la salvación

(Declaración oficial adoptada por el Presbitero General en sesión el 5 y 7 de agosto de 2017)

En vista de la enseñanza bíblica según la cual la seguridad del creyente depende de una relación viva con Cristo (Juan 15:6); en vista del llamado de la Biblia a una vida de santidad (Hebreos 12:14; 1 Pedro 1:16); en vista de la clara enseñanza según la cual un ser humano puede ser borrado del Libro de la Vida (Apocalipsis 22:19); y en vista del hecho de que alguien que haya creído por un tiempo puede caer y alejarse (Lucas 8:13); el Concilio General de las Asambleas de Dios no está de acuerdo con la posición de seguridad incondicional, la cual sostiene que es imposible que se pierda una persona que antes ha sido salva. (Estatutos, Artículo IX.B.1)

Las Asambleas de Dios sostienen la enseñanza bíblica según la cual las personas entran en una relación personal salvadora con Cristo por medio del poder regenerador del Espíritu Santo, quien las lleva al arrepentimiento y a la fe en Cristo. Jesús describió esta experiencia inicial de la salvación como el «nuevo nacimiento» (Juan 3:3–6),¹ como lo hizo también el apóstol Pedro (1 Pedro 1:3). De igual manera, Pablo escribe: «Nos salvó... por el lavamiento de la regeneración [*palingueneias*, “del nuevo nacimiento” o “de la regeneración”] y por la renovación en el Espíritu Santo» (Tito 3:5), usando también la expresión «nueva creación» para referirse a este transformador suceso salvador (2 Corintios 5:17).

En el momento del nuevo nacimiento del creyente, designado teológicamente como «regeneración», el Espíritu Santo entra a él, llevándole la seguridad del perdón de sus pecados, la renovación espiritual y una relación personal con Dios. «El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios» (Romanos 8:16). Esta relación dinámica con Dios a través de su Espíritu, iniciada y sostenida por medio de la fe, afianza la seguridad del creyente.

Las siguientes enseñanzas bíblicas sostienen y guían la creciente madurez del creyente y su perseverancia en su relación con Cristo.

- La salvación se halla al alcance de todas las personas (Lucas 19:10; Juan 3:16; Romanos 10:11–13; Hebreos 2:9; 2 Pedro 3:9; Apocalipsis 22:17).
- La salvación es recibida y asegurada por medio de la fe (Romanos 3:28; Gálatas 2:20–21; Efesios 2:8; Filipenses 3:9; Hebreos 10:38; 1 Pedro 1:5).
- La salvación es un conflicto constante con la tentación y el pecado (Romanos 1:32; 1 Corintios 3:1–3, 5–8; 5:9–13; Hebreos 3:12–14; 12:1; 1 Juan 1:8; 3:8).
- La salvación del creyente se puede perder o abandonar por su alejamiento voluntario de Cristo (Juan 17:12; 1 Timoteo 4:1; 5:12, 15; Hebreos 6:4–6, 10:26–27, 38; 2 Pedro 2:20; 1 Juan 5:16).

I. Dios hace provisión de la salvación para todas las personas

Dios quiere que todos los seres humanos sean salvos, verdad que la Biblia presenta repetidas veces (Lucas 19:10; Juan 3:16; Romanos 10:11–13; Hebreos 2:9; 2 Pedro 3:9; Apocalipsis 22:17). El propósito salvador eterno de Dios fue expresado por el propio Jesús: «Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a

¹ Todas las citas bíblicas están tomadas de la Versión Reina-Valera 1960 (RV-60) a menos que se indique de otra manera.

salvar lo que se había perdido» (Lucas 19:10); es decir, que Él quiere salvar a todos los seres humanos. Al principio del evangelio de Juan, Jesús es presentado como «el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29). Más adelante encontramos el gran tema del Evangelio: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16).

De igual manera, las epístolas paulinas insisten en el plan de Dios para una redención universal: «Dios nuestro Salvador... quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad» (1 Timoteo 2:3–4). «Dios... es el Salvador de todos los hombres, mayormente de los que creen» (1 Timoteo 4:10). «Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres» (Tito 2:11). Esta gracia es la llamada preventiva, la gracia que nos proporciona Dios antes de la salvación, atrayendo a todos los seres humanos a la salvación y capacitándolos para aceptar o rechazar su ofrecimiento. Después de hacer numerosas expresiones de este tipo acerca del ofrecimiento universal de la salvación por parte de Dios, la Biblia termina de una manera muy adecuada con una invitación final dirigida a toda la humanidad: «Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente» (Apocalipsis 22:17).

Lamentablemente, algunas tradiciones cristianas han llegado a un concepto tal de la soberanía de Dios, que afirma que solo un número limitado de seres humanos pueden responder al ofrecimiento hecho por Dios en cuanto a la salvación. Estas tradiciones sostienen además que el sacrificio expiatorio de Cristo no está destinado a todos. Dan por sentado que la soberanía de Dios decretó desde la eternidad pasada la elección exclusiva de un número limitado de personas para la salvación. Esta creencia tiene sus raíces en varios pasajes bíblicos que ciertamente ponen de relieve la soberanía de Dios en su actividad salvadora. Por ejemplo, las palabras de Jesús en el evangelio de Juan señalan con claridad que el Padre debe actuar para atraer a los humanos a sus propósitos en cuanto a la elección (6:37, 44, 65). Otro texto que se menciona con frecuencia es Romanos 9:11–18, que habla de la visión previa de Dios en las vidas de Jacob y Esaú, y destaca su soberana elección de Jacob, y no de Esaú. La metáfora bíblica del control soberano del alfarero sobre el barro sigue a este pasaje, y suele ser citada para apoyar el concepto de la absoluta soberanía de Dios en la realización de la salvación humana (9:20–21).

No obstante, aunque estos pasajes enseñan ciertamente que Dios es soberano en todo lo que hace, no constituyen una negación de la libertad humana para responder al Evangelio. La elección de Jacob sobre Esaú indicaba que Dios sabía de antemano lo que haría cada uno de ellos. La historia sagrada del Génesis relata vivamente la historia de las decisiones personales del propio Jacob mientras luchaba con Dios y le respondía con una fe vacilante. La imagen del alfarero es una elocuente y poderosa descripción de la soberanía de Dios, pero los singulares esfuerzos del alfarero para crear una vasija de calidad no llevan en absoluto la intención de enseñar que Dios pase por alto de forma deliberada a ciertas personas, con lo cual las estaría dejando perdidas para toda la eternidad. Pasajes como estos no contradicen el «todo aquel que en él cree» de Juan 3:16, ni la provisión de Dios para todos, tal como se expresa con tanta frecuencia a lo largo de toda la Biblia.

El apóstol Pablo puso en una perspectiva divina los propósitos salvadores de Dios al escribir: «Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos» (Romanos 8:29). En este pasaje crucial, no se muestra que Dios le esté negando a la humanidad la libertad y la capacidad para escoger. Lo que Pablo muestra es que Dios ha hecho provisión desde la eternidad para aquellos que Él ha visto de antemano que responderían al Evangelio y creerían en Cristo. El verbo griego traducido como «conocer antes» (*proginōskō*) manifiesta el hecho de que Dios conoce a los seres humanos desde la eternidad. También es importante notar que el verbo «conocer» (griego, *ginōskō*; hebreo *yadá*), cuando se refiere a

Dios con respecto a los seres humanos, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, expresa una riqueza de amor y de misericordia que se refleja en las relaciones maritales sanas de sus criaturas humanas. Un pasaje citado con frecuencia para ilustrar esto es el siguiente: «A vosotros solamente he conocido [hebreo, *yadá*; griego de la Septuaginta, *guinōskō*] de todas las familias de la tierra» (Amós 3:2), en el cual se expresa el amoroso conocimiento previo de Israel por Dios y su elección. Pedro, inspirado por el Espíritu, usó el nombre correspondiente a este verbo *proguinōskō*, amorosamente selectivo, cuando se dirigió a los creyentes dispersos por el vasto Imperio Romano como «elegidos según la *presciencia* [*prognosis*, cursiva añadida] de Dios Padre» (1 Pedro 1:1–2).

La presciencia de Dios es un ejercicio de su omnisciencia (el conocimiento de todo), más que de su omnipotencia (poderlo todo). El conocimiento por parte de Dios de todo lo que va a suceder no equivale a hacerlo suceder sin tener en cuenta el libre albedrío de una persona. El hecho de suponer que si Dios tiene el derecho de hacer algo, esto exige que Él ejercite ese derecho (pasar por alto a ciertas personas, y de esa manera condenarlas, como enseñan algunos), en lugar de resaltar su soberanía, la disminuye. Esta creencia errónea limita la santidad y la justicia de Dios. No refleja su bondadoso amor y su misericordia hacia todas sus criaturas humanas.

Por consiguiente, es importante que comprendamos la diferencia entre la predestinación, que es un concepto bíblico, y el predeterminismo, que no lo es. La predestinación le da la seguridad en cuanto a su destino eterno al pueblo de Dios (el cuerpo corporativo de Cristo), del cual Él sabía de antemano desde la eternidad que respondería a la convicción de su Espíritu y aceptaría su provisión redentora en Cristo (Juan 14:2). En cambio, el predeterminismo afirma que Dios ha decidido previamente las acciones y el destino individuales de todos los seres humanos, sin tener en cuenta su decisión de creer. Esta distinción entre ambos términos queda ilustrada en Ester 4:13–14, cuando Mardoqueo le advierte a Ester: «No pienses que escaparás en la casa del rey más que cualquier otro judío. Porque si callas absolutamente en este tiempo, respiro y liberación vendrá de alguna otra parte para los judíos; mas tú y la casa de tu padre pereceréis. ¿Y quién sabe si para esta hora has llegado al reino?» Dios había predestinado la supervivencia (corporativa) de Israel, pero no había predeterminado el destino (personal) de Ester: ese estaba en manos de ella misma. Proveería un plan de salvación o escape para el pueblo corporativo de Dios, pero la participación individual era cuestión de decisión personal.

En su bondadosa y misericordiosa soberanía, Dios determinó desde la eternidad pasada las condiciones para mostrar su misericordia, y nos proveyó un plan de salvación por medio del cual todos podemos ser salvos (Hebreos 2:9). En este plan son tomadas en consideración las decisiones libres de los seres humanos, capacitados por el Espíritu Santo, de manera que los creyentes son escogidos en Cristo teniendo como base su conocimiento previo (Romanos 8:29; Efesios 1:4). La salvación se halla al alcance de todo aquel que decida responder en fe al Evangelio, y a la provisión universal de la gracia preventiva por Dios.

II. La salvación es recibida y asegurada por la fe

Ciertamente, ser cristiano no es cuestión de buenas obras. La salvación se logra solamente por gracia por medio de la fe (Efesios 2:8–9). La fe acepta el hecho de que Cristo murió en lugar de la humanidad pecadora para que estuviera disponible el perdón de sus pecados. Por fe, los humanos solo pueden confiar en la misericordia de Dios y aceptar a Cristo como Salvador. La fe capta la maravillosa realidad de que ahora los humanos que crean y se arrepientan son los que reciben la justicia de Cristo, acreditada a ellos sin mérito alguno de su parte (Filipenses 3:9) y dada «por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que

creen en él» (Romanos 3:22). Aunque «todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, [son] justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús» (Romanos 3:23–24; vea también el 5:1). Además, nosotros comprendemos esta posición con respecto a Dios, recibida por su gracia, porque nos capacita para ello el Espíritu Santo, quien «da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios» (Romanos 8:16).

Aunque justificados y con la justicia de Cristo acreditada a su favor, los creyentes también son «creados en Cristo Jesús para buenas obras» (Efesios 2:10). Más aún; se les encomienda en su vida diaria que sean «llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo» (Filipenses 1:11). De manera que la ejercitación real de la justicia de Cristo en el creyente es un proceso continuo. Comprende una formación espiritual deliberada y progresiva, como se ilustra acertadamente en 2 Pedro 1:5–8:

Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. (Vea también Romanos 6:12–13; 8:13; Colosenses 3:1–5.)

Nuestro crecimiento espiritual individual varía en calidad y madurez a medida que aprendemos a obedecer la Palabra de Dios y confiar en la dirección y la capacitación del Espíritu Santo que habita en nosotros. No obstante, aunque nos hallemos aún en el proceso de formación, y por imperfectos que seamos, seguimos estando justificados por medio de la fe en Cristo, y nunca por nuestras buenas obras. «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Romanos 8:1).

El crecimiento espiritual también tiene previsto que el creyente se comprometerá a seguir a Cristo en una obediencia de toda la vida a sus enseñanzas. El Nuevo Testamento le da gran importancia a un fiel atravesar las pruebas de la vida y perseverar en la fe hasta su final. En la Parábola del Sembrador, Jesús dijo: «la que cayó en buena tierra, éstos son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y dan fruto con perseverancia [*en hypomoné*]» (Lucas 8:15). Santiago recoge ambos conceptos de la fidelidad en medio de las pruebas y de la perseverancia cuando escribe: «La prueba [*to dokimion*] de vuestra fe produce paciencia [*hypomonēn*] (1:3). Pedro añade: «Para que sometida a prueba [*to dokimion*] vuestra fe ... sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo» (1 Pedro 1:7). El escritor de la epístola a los Hebreos coincide: «Porque os es necesaria la paciencia [*hypomonés*], para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa» (Hebreos 10:36).

Entonces, vemos que la seguridad de los creyentes les viene por medio de la fe, tanto cuando reciben la salvación, como cuando continúan en comunión con Cristo por medio de su Espíritu. Junto con Pablo, el creyente ora para «ser hallado en él [en Cristo], no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe» (Filipenses 3:9).

III. La salvación es un conflicto constante con la tentación y el pecado

La tentación y el pecado son realidades de la vida en un mundo caído. Aunque los creyentes confían fielmente en Cristo y lo siguen, no obstante, siguen sujetos a la fragilidad humana. Aunque se les han otorgado la justificación y la justicia ante Dios sobre la base de la justicia de Cristo, no alcanzan en este mundo una perfección carente de pecado. «Porque todos ofendemos muchas veces» (Santiago 3:2). «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (1 Juan 1:8).

Sin embargo, las Escrituras insisten en que se debe vivir la vida cristiana sobre una trayectoria positiva de transformación espiritual. Tal como destacamos previamente, los creyentes han «nacido de nuevo» por el Espíritu de Dios (Juan 3:3–8); son “nuevas criaturas” para las cuales las cosas viejas han desaparecido y han llegado las nuevas (2 Corintios 5:17). Por esa razón, Juan asegura repetidamente en su epístola anterior: «Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado» (1 Juan 3:9). El mismo Espíritu Santo que les da convicción de pecado a los no creyentes (Juan 16:8) sigue convenciendo de pecado a los creyentes y guiándolos a la verdad (Juan 16:13). «Todo aquel que permanece en él [en Cristo], no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido» (1 Juan 3:6).

Juan añade a esto otra nota aleccionadora: «El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio» (1 Juan 3:8). Los creyentes no pueden seguir pecando de la forma en que lo hacen los no creyentes. «¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?», pregunta Pablo (Romanos 6:1). La respuesta es una enfática negación. La continuación en las prácticas de pecado afecta de manera adversa a la fe del creyente y, si no se arrepienten de ellas, terminarán destruyendo su fe.

Cuando los creyentes confiesan que han pecado y acuden a Cristo arrepentidos, lo hacen con la seguridad de que, como hijos de Dios, «abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo» (1 Juan 2:1). Además, «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:9). De esta manera los creyentes tienen seguridad de que Dios ha provisto lo necesario para fortalecerlos y perdonarlos mientras ellos luchan con las tentaciones y los pecados, sin tener necesidad alguna de dudar con respecto a su salvación, que se basa en la justicia de Cristo que ellos han aceptado por fe.

También se debe declarar enfáticamente que los creyentes no se hallan en una especie de puerta giratoria, entrando en la gracia y saliendo de ella una y otra vez. Están seguros en las manos de Dios. «Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 8:38–39). Su posición como creyente en Cristo justificados siempre se debe a la fe. Sin fe en Cristo, ya no existe una relación salvadora con Él. Esta es la razón por la cual las Escrituras amonestan a los creyentes diciendo: «Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo» (Hebreos 3:12).

IV. Es posible perder o abandonar la salvación al rechazar a Cristo

Dios, nuestro amoroso Padre celestial, no quiere que ningún ser humano se aparte de la salvación que Él en su bondad nos ha proporcionado en Cristo. «[El Señor] es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento (2 Pedro 3:9).

No obstante, la Biblia también enseña que los creyentes que han aceptado a Cristo como Salvador se pueden perder si ignoran repetidas veces las enseñanzas de las Escrituras, se resisten continuamente a la convicción que les da el Espíritu Santo, y alcanzan finalmente un punto en el cual se alejan de su Salvador. Jesús habla de esta situación en la Parábola del Sembrador, en la cual, hablando de algunos que se han hecho creyentes, dice: «Creen por algún tiempo, y en el tiempo de la prueba se apartan (Lucas 8:13). El escritor de Hebreos se refiere gravemente a los creyentes «que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron» (Hebreos 6:4–6).

El apóstol Pedro advierte: «Si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero. Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado» (2 Pedro 2:20–21).

Ciertamente, la Biblia advierte contra la posibilidad de perder, o abandonar la salvación, pero nunca cesa de ofrecerles esperanzas a todos los que estén dispuestos a responder al llamado del Espíritu. La invitación de Jesús no hace distinción alguna. «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» (Mateo 11:28). El apóstol Pablo proclama con toda firmeza: «Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo» (Romanos 10:13). Por esta razón, los cristianos nunca debemos apresurarnos a llegar a la conclusión de que un hermano o hermana que batalla en su vida espiritual es irredimible. Si el Padre no se dio por vencido con el hijo que estaba perdido (Lucas 15:11–31), tampoco lo debe hacer la Iglesia de Jesucristo.

Conclusión

La fe cristiana es una fe llena de una vida gozosa y victoriosa en Cristo, en la cual los creyentes, espiritualmente transformados, son moldeados por la Palabra de Dios y reciben su energía del Espíritu Santo. Ciertamente, la fe cristiana exige obediencia a los mandatos de Cristo y una participación responsable en la vida de su Iglesia y de la comunidad en general. A veces los guía mientras atraviesan sufrimientos de diversas clases. Sin embargo, la perseverancia de los creyentes en la fe es segura mientras permanezcan en una relación con su Señor. Las palabras de Pablo, llenas de una gran seguridad, nos recuerdan el incansable compromiso del Señor según el cual «el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo» (Filipenses 1:6).